

EL ZUMBIDO

Escuché decir a muchas personas que migraban a Europa para tener mayores ingresos y ayudar a sus familiares en América. Yo vine a España y no con ese fin, que me resulta inverosímil; pues considero que el que quiere trabajar y ahorrar lo hace en cualquier parte, y si es en su tierra, mucho mejor. Pienso que, al igual que yo, mucha gente ha huido por causa del zumbido.

Hace unos años me mudé a Trujillo, en la costa norte de Perú. Vivía en la capital, pero no soportaba el caos ni ese zumbido perturbador que hacen los cables aéreos en todas las calles de la ciudad, sobre todo por las noches. En Trujillo la cosa no fue distinta. También tenían cables que colgaban de un poste a otro y que, por la noche, emitían esa frecuencia que me generaba un dolor de cabeza constante. Fue allí donde descubrí que el ruido se intensificaba cuando los cables se acercaban a las cajas de transformadores, ubicadas estratégicamente en las intersecciones de las avenidas principales.

Compré una pequeña casa alejada de esas cajas, resguardada dentro de uno de los muchos callejones del centro de la ciudad que un día fue primaveral. Por lo menos allí estaba a salvo.

Una noche, un estruendo sacudió todo el sector. Me quedé pasmado, indeciso entre salir o no. En esas fechas se había incrementado las extorsiones y el sicariato; la violencia crecía cada vez más en aquella ciudad que me vendieron como «capital de la cultura». Al final no pude resistirme. Si era un atentado, quizá habría víctimas, ya que los delincuentes habían tomado la costumbre de detonar dinamita en las puertas de los negocios. Salí con la intención de ayudar, arrastrado más por aquella costumbre de ayudar siempre.

Al llegar a la calle, vi ardiendo la caja de transformadores. Del fuego brotaban una especie de garras brillantes que arañaban la pared verde de la casa contigua. Pronto, la vivienda de tres pisos empezó a arder. Los vecinos corrían con baldes de agua, pero cuando se acercaban, la caja zumbaba y estallaba lanzando chispas.

Los bomberos llegaron y, a una distancia prudente, lanzaron espuma durante más de una hora hasta controlar el siniestro.

En medio del caos, un vecino comentó que la casa llevaba mucho tiempo deshabitada. Había pasado de propietario en propietario durante tanto tiempo que ya nadie sabía a quién le pertenecía.

Allá en Perú también hay «okupas», como les llaman en España. Unos extranjeros del norte vigilaron el lugar para asegurarse de que si alguien entraba o salía y, tras romper la cerradura, se instalaron allí. Ocuparon la vivienda cerca de un mes, pero se ponían violentos; siempre se les escuchaba discutir y pelear.

Dicen que el incendio se produjo porque intentaron robar energía directamente del poste. Mientras vivía en Lima supe de personas que murieron electrocutadas por tratar de robar cables, otras por tratar de hacer conexiones directamente de las cajas de transformadores para evitar pagar el recibo. Los incendios por electricidad se dan normalmente por cortocircuitos dentro las viviendas y aquella no tenía fluido desde hace muchos años atrás.

Cuando los bomberos ingresaron, encontraron cinco cuerpos carbonizados: dos mujeres y tres hombres. Uno trató de escapar por una ventana, pero los fierros retorcidos, como garras de gato, lo tenían atrapado. Los demás mostraban signos de apuñalamiento. Lo supieron porque, increíblemente, solo tenían quemada la capa externa de la piel y el cabello. Dedujeron que durante el enfrentamiento se pudo haber producido el incendio, por alguna vela, un cigarrillo encendido o la hornilla de una cocina que no apagaron. Eran simples suposiciones sin base en una exhaustiva investigación, a la que no estaban dispuestos a recurrir porque se trataba de un grupo de inmigrantes indocumentados en una casa prácticamente abandonada. Sin nadie que reclame los cuerpos, ni siquiera pasaron por el médico forense, fueron depositados en una fosa común y el caso quedó archivado.

Pensé que era un incidente aislado, pero supe luego que en esa casa la violencia era una constante. Sus primeros dueños migraron a diferentes partes de Italia, los

siguientes a Inglaterra para empezar de nuevo; nadie quería quedarse en aquel lugar que parecía transformar en salvaje hasta al ser más noble.

Quise averiguar más. Busqué información en diarios antiguos y pregunté a los más viejos. Los siniestros empezaron probablemente en 1981, cuando Electroperú electrificó toda la ciudad con cables aéreos. La familia que habitaba la casa entonces era la de un político conocido; de un momento a otro, su vida se volvió caótica: él empezó a frecuentar burdeles marginales, involucrase en escándalos de corrupción, y ella fue diagnosticada con bipolaridad y esquizofrenia. La siguiente familia fue la de un escritor huaracino que hizo su fortuna en las universidades dictando cátedras de literatura. Un día, el escritor perdió el juicio porque sus hijas dibujaron en sus libretas; casi estrangula a su mujer mientras pateaba a las niñas. Ellas huyeron del país. Y esos solo eran algunos casos, porque más familias intentaron hacer de ese lugar su hogar, pero terminaban convirtiendo la casa en un campo de batalla.

A un mes de aquel incendio, los negocios empezaron a cerrar por temor algunos y otros por el aumento de las extorsiones. Muchos vecinos también se mudaron.

Fue en agosto cuando fui testigo de las verdaderas consecuencias del zumbido.

Aquella noche de invierno, el viento helado soplaba como silbando un mensaje. A la medianoche, escuché ruidos en la primera casa del callejón, habitada por un matrimonio sin hijos. Él rondaba los sesenta; ella, los cincuenta. Los escuché discutir, luego arrojar objetos de vidrio y cerámica. Me detuve frente a su puerta con la intención de tocar y pedir calma, pero me quedé inmóvil. En realidad no me importaba si peleaban; solo quería dormir y el escándalo me lo impedía. Escuché reclamos de deudas antiguas y rencores supuestamente olvidados. Cuando el ruido de la pelea se detuvo, otro alcanzó mis oídos: el zumbido.

Un golpe seco desvió mi atención. Me arrojé contra la puerta, que cedió sin resistencia. Lo que vi me dejó helado. La mujer tenía envueltos alrededor del cuello los intestinos de su marido, quien yacía en el suelo, abierto en canal, con las vísceras regadas y el rostro congelado en una expresión de ira y miedo. La mujer

me observó con ojos desorbitados y una sonrisa diabólica maquillada con sangre. Limpió el cuchillo en su pijama y avanzó hacia mí como un depredador de cara enfermizamente pálida, arrastrando las tripas que se fijaban en ella como los hilos de un títere sin titiritero. El aire sabía a azufre.

El zumbido reapareció con una fuerza atroz. Parecía no venir de la calle, sino del interior de mi propio cerebro. Sentí rabia, alegría, ira y una excitación confusa que me transformaba. Mis músculos empezaron a contraerse y me sentí lleno de malvada adrenalina, como invadido por un poder oscuro. Tomé una lámpara de bronce de una mesa cercana y me preparé para destrozarle la cabeza, mientras el sonido húmedo y pesado de las tripas se mezclaba con la vibración eléctrica en mis oídos.

De pronto, un estallido. Las luces parpadearon y una garra brillante, como la que vi meses atrás, apareció arañando las paredes hasta envolver a la mujer y al cadáver. Un destello me lanzó por el aire hacia el pasadizo.

Desperté por la mañana en mi cama, convencido de que era una pesadilla causada por el frío que no lograba menguar aún cubriéndome con tres mantas. Me dirigí al baño, pero al accionar el interruptor, la luz no encendió. Lo mismo ocurrió en toda la casa. Al salir al pasadizo, encontré cintas amarillas acordonando la primera casa. Estaba completamente quemada. Los bomberos habían estado allí mientras yo dormía. Solo quedaban dos policías custodiando las ruinas. Se sorprendieron al verme; no esperaban que alguien viviera en ese callejón decadente en donde las pequeñas casas que quedaban estaban derruidas.

Me llevaron a la comisaría. Frente a un policía de vientre abultado, solo dije que tenía el sueño profundo y que no vi ni oí nada. Tenía pánico de ser acusado de aquella atrocidad. Salí de allí horas después, temblando, sin hambre y sin deseos de volver. Recorrí toda la ciudad fijándome como por primera vez en todos esos cables colgados, enmarañados como cabellos de algún demonio que duerme durante de día y de noche, despertando solo para eliminar a cualquiera que interrumpa su plácido sueño. Sabía que todo Perú estaba en la misma condición, así que tomé la decisión: debía irme a otro continente.

Entregué los papeles de la casa a una inmobiliaria para que la vendieran al precio que fuera. Tomé lo esencial y enrumbé a Lima para tomar el primer vuelo a España.

Llegué a un pueblo pequeño y calmado en Asturias. Mientras, veía por Facebook las noticias de Perú: «Mujer estrella su Mercedes Benz contra un vigilante», «hijo de abogado mata a golpes a un cachorro en plena calle», «extorsionadores asesinan de múltiple disparos a empresario y se atacan entre ellos», «trabajador de empresa de transportes apuñala a su pareja por celos»... la violencia de siempre.

En Asturias trabajé de camarero por un tiempo, ya que mi título de enfermero no me servía de nada, hasta que pude alquilar una casa en un barrio tranquilo. Pero fue allí donde lo volví a escuchar.

El zumbido venía de los cables del tren. Era una intensidad casi imperceptible, pero constante. Comprendí entonces que en ningún lugar del mundo estaremos a salvo del zumbido; pero quizá, donde menos se oiga, habrá menos violencia.